



# Sol Fantin

# La maestra ignorante

Confesiones sobre  
la escuela primaria

# LA MAESTRA IGNORANTE

CONFESIONES SOBRE  
LA ESCUELA PRIMARIA

SOL FANTIN

PAIDÓS

## INTRODUCCIÓN

# Seño... ¿Vos de qué trabajás?

*La exigencia de que Auschwitz no se repita es la primera de todas en la educación. Hasta tal punto precede a cualquier otra que no creo deber ni poder fundamentarla.*

THEODOR ADORNO

Yo también creía que ser maestra era una profesión menor, una ocupación, un trabajo que puede hacer una chica joven mientras estudia otra carrera en la universidad. La idea me la había sembrado tempranamente una amiga más grande, de quince, con la que fui un verano a la pileta del club. Me había contado que ella iba a ser maestra jardinera *o algo así* (hizo un gesto dulce y despectivo) mientras estudiaba Administración. Hasta ese momento, yo, que quería ser escritora o granjera desde muy chiquita, no había considerado el apremio de obtener recursos con la sensatez con la que mi amiga lo planteaba. La preocupación se me reveló en el mismo acto que el alivio: se puede trabajar de algo livianito, algo que no ocupe ni mucho tiempo ni mucho espacio, mientras una se forja un verdadero destino. Ser maestra era eso sin dificultad ni valor, que se hace mientras.

Fue en el Profesorado de Enseñanza Primaria donde empecé a escuchar algunas claves para intuir la trama: “La educación es la lucha por los significados políticos”. Me acuerdo de resaltar esta frase en una fotocopia de Di-

dáctica y Currículum o Problemáticas de la Educación Básica (no me acuerdo cuál de las dos materias) y sentirme como si a un aprendiz de mecánico le regalaran su primer destornillador.

Un sistema de educación común es un instrumento del Estado. En Argentina, se puede decir que vino de la mano de la Ley de Educación Común, la famosa Ley 1420 de 1884; es decir, de la mano de un proyecto integral para la organización del Estado nacional. Un sistema de educación (y de eso hablamos cuando hablamos de maestras y de escuelas) implica un proyecto colectivo de socialización a gran escala que plasma un equilibrio de fuerzas entre amplios sectores de una sociedad, formada por distintos actores sociales que pugnan por intereses a menudo contrapuestos. No es una cuestión de contenidos: enseñes lo que enseñes, pienses lo que pienses, le reces a quien le reces, un sistema educativo es una intervención sobre la población, quizás una de las más estructurantes. Es, paradigmáticamente, una cosa común, una *res publica*.

Ya terminando la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires (UBA), unos seis años después de recibirme de maestra, reformulé la frase, como si me fabricara una herramienta propia, a la medida de los tornillos que me interesaba ajustar o desajustar a mí: *En la educación, siempre están en juego los significados políticos*, o mejor, comunes. No es que desconozca el carácter agónico, de lucha, que recorre el campo educativo. Es que, casi siempre, desconfío de ciertas metáforas marciales. Una disonancia estética, quizás, que a esta altura prefiero respetarme, porque también aprendí que conviene hacer lugar a ciertas intuiciones, en diálogo con aquellos y aquellas de quienes hemos aprendido. Ya lo dijo Bernardo de Chartres: “Somos enanos parados en hombros de gigantes”.

Cuando tenía veintidós años, conseguí trabajo como secretaria en un consultorio de kinesiología. Era un trabajo que me servía para mantenerme mientras estudiaba para ser maestra. La carrera supuestamente fácil que me iba a servir para después hacer la otra, la de verdad, resultó ser un profesorado de cuatro años de duración, con cinco horas de cursada obligatoria por día. De livianito, poco. El dueño del consultorio era un kinesiólogo retirado, que ahora contrataba kinesiólogas jóvenes mientras regenteaba el trabajo desde su casa, ubicada en el piso de arriba. A mí me pareció bonachón. No entendía por qué las kinesiólogas farfullaban su disgusto por el porcentaje que este hombre les retenía por paciente. Al fin y al cabo, él era el dueño. Ni siquiera me pareció mal que me dijera, al contratarme, que él tenía 500 pesos para mí en total, así que, si yo quería estar en blanco, mi salario en mano iba a ser más bajo. Que yo eligiera. Y que, si yo elegía quedarme con los 500 y trabajar en negro, eventualmente tendría que mentirle a un inspector, diciendo que estaba a prueba por ese día.

A las dos semanas de trabajar ahí, el jefe me pidió que subiera a su casa. Apoltronado en su sillón, le dijo a su mujer –que me sonreía de pie desde la puerta de la cocina– que me convidara una porción de pizza de las que había amasado para la cena. Me dijo que me iba a hablar como un padre. Me dijo que era un desperdicio que yo estudiara para ser maestra, que yo era egresada del Nacional Buenos Aires, que era una chica correcta, con buena presencia, responsable, inteligente. Que el de maestra es un trabajo de medio tiempo que hacen las mujeres para ayudar a los maridos, a la vez que se ocupan de los chicos. Eso me dijo. Que yo estaba para más que eso. Yo escuché, asentí, comí la porción de pizza que me dio la señora (que estaba muy rica), me despedí agradeciendo por todo y me fui pe-

daleando hasta mi casa por la avenida casi vacía, en una noche de primavera que me revolvía los pensamientos.

Absolutamente incapaz de considerar como problema que el propietario de un consultorio retuviera un porcentaje del trabajo de sus empleadas; incapaz de considerar lo abusivo de que me hiciera elegir entre una paga de por sí magra y algunos derechos básicos, como una cobertura médica o aportes jubilatorios, exigiéndome mentir para cubrir una ilegalidad que sólo me perjudicaba a mí; incapaz de considerar que el paternalismo era la afectivización de una situación injusta, que me infantilizaba para asegurarse unos privilegios que, evidentemente, también explotaba en su matrimonio; incapaz de considerar nada de todo eso, tomé lo que este hombre me había dicho como un producto de sus mejores intenciones. Él pensaba que yo –rubia, obsecuente y Nacional Buenos Aires– estaba *para más*.

A decir verdad, sigo pensando que tenía buenas intenciones, siempre que se pueda tenerlas sin resignar la propia posición de poder (sin considerar que el otro, o la otra, podría tener derecho a los mismos beneficios que uno). Sin embargo, incluso entonces, incluso sin poder problematizar nada de lo que enumeré, lo que el jefe me dijo sobre ser maestra me pareció grotesco, y lo que me dijo sobre ayudar al marido, peor (mi mamá, por suerte, me había enseñado que nunca tenía que dejar que un marido me mantuviera, aunque esa negativa implicara vivir austeramente).

Lo cierto es que dos meses de profesorado habían alcanzado para encenderme una parte de la conciencia, hasta ese momento en completa oscuridad. Lamento si la metáfora iluminista resulta algo anticuada: personalmente, creo que mantiene una respetable vigencia, incluso con el componente emancipador que se atribuyó a la luz del

conocimiento desde el origen de nuestro mundo, llamado *Modernidad*. De hecho, se trataba precisamente de eso: de empezar a dimensionar, con un vértigo fascinante, la magnitud de la tarea que se ponía entre las manos de una maestra. La relevancia ética, política, epistemológica, psicológica, cultural de asumir la responsabilidad de la educación formal y obligatoria de todo niño y toda niña se me había revelado como una esfinge milenaria cuya cabeza asoma entre las dunas. Empezaba a vislumbrar que el trabajito que se hace así nomás mientras se estudian cosas realmente importantes suponía sumergirse hasta el cuello en el barro de la *humanitas* para intentar hacer con ella algo que no nos volviera a dejar, una y otra vez, colectivamente, a las puertas del infierno. El que mejor lo dijo fue Theodor Adorno, promediando el siglo XX: ¿Cuál es el objetivo de la educación? Que Auschwitz no se repita.

Doce años después de escuchar a aquel jefe decirme que yo estaba para más que para ser una insignificante maestra, iba a estar sentada en una oficina del CONICET renunciando a mi beca de doctorado para volver al aula de la escuela primaria, e iba a tener que escuchar que un jovencito quizás recientemente graduado en relaciones públicas, me explicara que no tenía sentido renunciar a una beca de doctorado para ser maestra. Yo, ya licenciada y profesora en Letras, había ganado mi beca por mis méritos académicos y había trabajado en ella durante tres años. Ahora estaba tomando la decisión de abandonarla, porque el reglamento permitía el ejercicio de la docencia en los niveles medio y superior pero no en el primario. O investigadora del CONICET o maestra: de nuevo tenía que elegir. Y lo hice.

Hubo quien me sugirió que tomara el cargo de maestra y no lo declarara, si total nunca chequeaban nada. Nuevamente, la alternativa era mentir. Orgullosa, me negué.

Al jovencito de relaciones públicas le di una oportunidad, preguntándole amablemente cómo podía estar tan seguro de que una beca de doctorado era mejor que un cargo de maestra de grado si no se había desempeñado en ninguna de las dos actividades. Fue inútil. Tuve que decirle que dejáramos la conversación, que completáramos los formularios, que se me hacía tarde.

El día de la entrega de diplomas del Profesorado de Enseñanza Primaria, en diciembre de 2007, me puse un prendedor en el guardapolvo, uno que me había dado una maestra de nivel inicial, que había hecho con sus compañeras del jardín. Decía: “La memoria es un trabajo”. No voy a negar que pensé en Mnemosine, la diosa griega de la memoria, que en la mitología es la madre de las musas, personificaciones de las artes y las ciencias. Pero la verdad es que, para mí, corazón adentro, ese prendedor tenía el sentido de la frase de Adorno. De *eso* me recibí, aunque *eso* iba a ser resignificado con años y años de navegar, naufragar y volver a navegar en el oficio.

Hace diez años, yo estaba a cargo de un quinto grado en una escuelita de barrio. Una mañana, mientras los nenes trabajaban en silencio, uno levantó la cabeza, se quedó un momento mirando el aire y me preguntó: “Seño... ¿Vos de qué trabajás?”. Sus compañeros se rieron (amigablemente: era un grupo amoroso) y le dijeron, con la vergüenza ajena de los diez años: “¡Ay, nene! ¡De maestra, trabaja!”. Él salió del paso diciendo que por ahí yo además trabajaba de otra cosa, que él qué sabía. Lo cierto es que, como sucede casi siempre con las preguntas de los niños y las niñas, había dado en el blanco. Se trataba de uno de esos interrogantes que gustan a la filosofía y a la literatura: los que no se cancelan con una respuesta. Una pregunta que, quien conserve algo de la espontánea sagacidad que caracteriza la inteligencia infantil, no dejará de hacerse nunca.